

HOMILÍAS DOMINICALES

TIEMPO DE CUARESMA

CICLO C

Miércoles de Ceniza

“Tu Padre, que ve lo secreto, te recompensará.”

Con esta frase Jesús nos explica el sentido de las prácticas cuaresmales, de la limosna, de la oración y del ayuno. Deben orientarse al Padre y no a los hombres.

No centrarnos en los hombres. Y dentro de los seres humanos estamos nosotros. Tampoco debemos centrarnos en nosotros. La Cuaresma puede ponerte en el centro, y puede ponerme en el centro. En preocuparnos por nuestras mortificaciones, oraciones, exámenes de conciencia y buenos propósitos. No quiero decir que debamos omitir esas prácticas. Hay que realizarlas, pero como aconseja Jesús: orientadas al Padre, que ve lo secreto.

Centrarnos en Dios. Él es lo más importante. Dios no existe para nosotros, sino nosotros para Dios. Este es el sentido de la ceniza. Cubrirte la cabeza, en símbolo de que no eres el importante sino Dios, que te invita a volverte hacia él de todo corazón, como leímos en la primera lectura.

Estamos en el tiempo favorable, el tiempo de la salvación, como dijo san Pablo en la segunda lectura. Y es ahora que podemos preguntarnos: ¿qué puesto tiene Dios en mi vida? ¿El señor de mi vida es Dios o soy yo?

La Cuaresma es un tiempo poner a Dios en el centro. Por eso ayunamos. Nos privamos del alimento para aprender que vivimos para Dios y no para satisfacernos a nosotros mismos. Por eso damos limosna, para aprender a no acumular para nosotros, sino repartir entre los pobres, que son el rostro de Cristo. Y oramos, para dialogar y enamorarnos de quien debe ser el centro de nuestra existencia.

Debemos ayunar, dar limosna y orar, pero no por los demás, ni por nosotros. Así el Padre nos recompensará, como dice Jesús. Y nos recompensará creando en nosotros un corazón puro y un espíritu nuevo, como escuchamos en el salmo. Un corazón centrado en Dios, un espíritu que viva no para sí, sino para cumplir los mandamientos de Dios.

Señor: que el símbolo de la ceniza nos ayude a reconocer que somos tus creaturas, que dependemos de ti, de tu amor; a dejar que el Espíritu nos transforme, porque nosotros no somos únicos constructores de nuestra existencia.

A Santa María, la puerta que dio paso a nuestra luz, como la llama la antífona mariana de este tiempo, le suplicamos que acompañe nuestro camino cuaresmal con su protección y nos ayude a imprimir en nuestro corazón y en nuestra vida las palabras de Jesucristo para centrarnos en Dios.

I Domingo de Cuaresma

“Adorarás al Señor, tu Dios, y a él sólo servirás”

Con esta cita de la Escritura, Jesús nos explica el objetivo de este tiempo que iniciamos el miércoles: adorar y servir al Señor. Esa debe ser la esencia de nuestra existencia. Y la Cuaresma es un tiempo que busca recordarnos esta premisa.

En la primera lectura escuchamos cómo Moisés mandó al pueblo ofrecer sus primicias, es decir, debían llevar ante el altar los primeros frutos que cosecharan. ¿Por qué razón debían de hacer este ofrecimiento? Lo dice al final de la lectura: para postrarse ante el Señor y adorarlo.

Posiblemente nosotros no nos dedicamos a la agricultura, y aunque lo hagamos, no traemos los frutos ante el altar. ¿Qué hacemos entonces? Nosotros traemos no solo los primeros frutos, sino todo nuestro trabajo, todo nuestro descanso, toda nuestra existencia y los ponemos en el altar, durante la misa, para ofrecerlos a Dios, para alabar a Dios. Esa debe ser nuestra participación más importante en misa: ofrecernos como sacrificio de alabanza a Dios, a quien reconocemos presente y ante quien hacemos genuflexión. ¿Te arrodillas para adorar a Dios presente en la Eucaristía?

Fuimos creados para adorar al Señor. Sin embargo, no siempre nuestras actuaciones se enderezan a eso. Tenemos una naturaleza caída. Además, el diablo nos tienta, nos invita a no adorar a Dios. Si al mismo Jesús lo tentó el diablo, mucho más a nosotros.

Podemos pensar que nosotros no caemos en la tentación, que no pecamos, porque no hacemos mal a nadie: no matamos, no robamos. Detengámonos en lo que dice el pasaje Evangelio que leímos.

El diablo no tentó a Jesús sugiriéndole que hiciera daño a otras personas. Pensemos en la primera tentación. ¿Qué tenía de incorrecto tener pan para comer? ¿Qué no Jesús haría pan para dar de comer a una

multitud? Lo incorrecto era el fin que le proponía: no hacerlo para alabar y glorificar a su Padre, sino para saciarse a si mismo.

Así pues, nosotros podemos pensar qué hacemos, qué dejamos de hacer, o qué pensamos para satisfacernos a nosotros mismos y no para alabar a Dios. Posiblemente no matemos a nadie, pero, ¿cuándo ayudamos a alguien lo hacemos para alabar a Dios o para quedar bien? ¿Vienes a misa para adorar a Dios o para cumplir con una costumbre?

La Iglesia nos sugiere que en la Cuaresma ayunemos, oremos y practiquemos obras de caridad. Habría que pensar en la razón de estas prácticas. ¿Mi ayuno sirve para encontrar a Dios y alabarlo? ¿Encuentro a Dios en la oración? ¿Busco alabar a Dios en mis obras de caridad? Porque si las hago por quedar bien, incluso por quedar bien conmigo mismo, por demostrar que puedo aguantar sin comer, que puedo rezar mucho tiempo, que soy espléndido con los demás... no están orientadas a su fin.

El diablo nos tienta. A veces simplemente para buscar nuestra propia gloria. Otras veces sí para dañar a Dios, al prójimo o a nosotros mismos. Ante esta realidad, ¿cómo debemos actuar?

En el pasaje del Evangelio, Jesús nos da ejemplo. Utiliza la Escritura. Ahí hay una primera clave. La lectura de la Palabra de Dios nos ayuda a vencer la tentación. La palabra de Dios es la espada con la que podemos luchar, como escribió san Pablo (Ef 6, 17). En la medida en que leamos frecuentemente la Escritura, la Palabra de Dios resonará en nuestra conciencia cuando nos enfrentemos a una decisión. Con esta lectura diaria podremos tomar decisiones a la luz de la Palabra de Dios.

Otra clave para vencer la tentación la encontramos en el salmo, que dice: “cuando tu me invoques yo te escucharé, y en tus angustias estaré contigo, te libraré de ellas”. Invocar a Dios. Pedirle su ayuda para vencer. Recordemos que la segunda lectura dice que el Señor “es espléndido con todos los que lo invocan”. Ante la tentación, siempre pedir la ayuda del Señor. Así nos enseñó Jesús, cuando enseñó a orar. Por eso en el Padrenuestro decimos: “no nos dejes caer en la tentación”.

CUARESMA – CICLO C

A Santa María, la libre de pecado, le pedimos que interceda por nosotros para que en esta Cuaresma aprendamos rechazar las tentaciones y a centrarnos en lo único que es importante y esencial en nuestra vida: alabar y servir a Dios.

II Domingo de Cuaresma

“Éste es mi Hijo, mi escogido; escúchenlo.”

Son palabras del Padre, que habla desde la nube. Nos dice quien es Jesús. Y nos pide algo, lo mismo que pidió tras el Bautismo del Señor: escucharlo. Escucharlo porque él es la Palabra del Dios eterno hecha carne.

Llama la atención que en el pasaje del Evangelio el Padre nos invite a escuchar a su Hijo, pero Jesús no diga una sola palabra. Solo hay una narración de hechos. Sin embargo, Jesús es la Palabra. Por tanto, en todos los latidos de su corazón, en todas sus respiraciones, en todos sus gestos, nos dice algo. Preguntémonos qué nos dicen los hechos. Preguntémonos por qué se trasfiguró.

En la primera lectura escuchamos que Dios le prometió a Abram la posesión de una tierra. Para conocer cuál sería la tierra que poseería, debía sacrificar unos animales. Un sacrificio abre el camino a una tierra. Es una prefiguración de que, con su sacrificio en la cruz, Jesús nos ha abierto las puertas de la Patria Celestial. Como indica el prefacio que hoy rezaremos, la pasión es el camino de la resurrección.

De esta forma, es como si el Padre nos dijera, escuchen a mi Hijo, en él está la plenitud de mi amor, que se revelará en la cruz. Si con Abram hice una alianza, la alianza nueva y eterna se sellará con sangre en el Calvario.

Hay que pasar por el sacrificio, por la muerte. Eso da miedo. Es lo más normal. Jesús también sintió ese temor. Y ante el temor, seguramente dijo las palabras del salmo que escuchamos, esas palabras que se escribieron para que él las pronunciara: “El Señor es mi luz y mi salvación, ¿a quién voy a tenerle miedo? El Señor es la defensa de mi vida, ¿quién podrá hacerme temblar?”

Jesús sabe que nosotros tenemos miedo al dolor y al sacrificio. Por eso quiso anticipar un poco su gloria, para que Pedro, Santiago y Juan pudieran dar testimonio de lo que sigue a la muerte. Ellos pudieron ver su

gloria. Y quedaron maravillados. Tanto, que querían hacer chozas y quedarse ahí.

Nosotros también podremos ver la gloria del Señor al final de nuestra vida. Y no solo eso. También transformará nuestro cuerpo miserable en un cuerpo glorioso, semejante al suyo, en virtud del poder que tiene para someter a su dominio todas las cosas, como escuchamos en la segunda lectura. Fíjate que no solo tenía esplendor Jesús, sino Moisés y Elías. La gloria resplandeciente del cuerpo de Jesús es la misma que él quiere compartir con todos los bautizados en su Muerte y Resurrección.

Este domingo nos recuerda, por tanto, que la Cuaresma se orienta a la Pascua. No existe por si misma, sino como un medio de preparación a la celebración anual de la Resurrección. Y la Pascua es el misterio que da sentido al sufrimiento humano. En el bautismo de dolor y de amor que recibió Jesús por nosotros puede entrar todo el sufrimiento humano. Por eso, cuanto mayor es la esperanza que nos anima, tanto mayor es también en nosotros la capacidad de sufrir por amor, ofreciendo con alegría las pequeñas y grandes pruebas de cada día e insertándolas en el gran sacrificio de Cristo.

Así pues, cuando en las situaciones pequeñas o grandes aceptamos sufrir por amor, por unirnos a Jesús, esparcimos semillas de resurrección, semillas de vida y hacemos resplandecer la luz de Cristo en la oscuridad del dolor.

La Cuaresma es un tiempo de esperanza en que el fin de nuestra existencia no es un sepulcro, sino la resurrección en Cristo. Es un tiempo en el que se forma la esperanza cristiana, en el que podemos reflexionar que el sufrimiento es el camino a la vida y, por tanto, que el mal del que somos objeto no debe hacer surgir mas mal, sino perdón a los demás. Piensa en esto. ¿Cuál es tu actitud ante los males que recibes? Evidentemente no te gusta sufrirlos, como a nadie. Pero, ¿buscas venganza o prefieres perdonar esperando en la resurrección?

Le pedimos a María, modelo de espereza en la resurrección en los momentos oscuros de la pasión y muerte de Jesús, que nos ayude a vivir con esperanza en la Divina Misericordia de su Hijo.

III Domingo de Cuaresma

“Señor, déjala todavía este año; voy a aflojar la tierra alrededor y a echarle abono, para ver si da fruto”

Estas palabras de Jesús son para ti y para mí. El Señor te ha permitido vivir un año más para que, por las prácticas cuaresmales a las que hicimos referencia en la colecta, puedas aflojar y abonar la tierra de nuestra alma, esperando que des fruto.

¿Cuál es el fruto que espera que demos este año? El fruto del veinte del María, es decir, Jesús. La conversión cuaresmal tiene un nombre propio. Lo que quiere Dios es que te conviertas en Jesús. Él es nuestro modelo. A él debemos imitar. Por eso debemos aflojar la tierra de nuestra alma para poder remover el pecado.

En la primera lectura escuchamos el llamado que le hizo Dios a Moisés. Lo llamó para poner fin a la opresión a los hijos de Abraham, de Isaac y de Jacob. Ahora, en esta Cuaresma, Dios te llama a ti para que salgas de una dominación mucho más profunda, de la esclavitud del pecado.

Moisés fue enviado como una prefiguración del verdadero Enviado, de Jesús, el Hijo de Yo-Soy, que nos libra de las cadenas mortales del pecado. Con su muerte y resurrección rompió esta dominación. Ahora espera que tu y yo hagamos algo: que nos convirtamos para unirnos a su misterio pascual.

Podemos pensar que la llamada a la conversión es para otros, para grandes pecadores públicos, para secuestradores, asesinos, herejes. Pero no. La llamada de conversión es para todos. Jesús lo dice claramente en el pasaje que hemos leído. Dice que los dieciocho que murieron aplastados no eran más culpables que los demás, y afirma que si no nos convertimos pereceremos.

Ciertamente hay una gradación de los pecados. Hay unos que son más graves que otros. Pero todos somos pecadores y todos necesitamos

convertirnos. Hoy la segunda lectura habla de dos pecados: la codicia y la murmuración. Quizá no nos examinamos sobre estos pecados.

La codicia es desear todo lo que no nos pertenece. Pensemos cómo es nuestra relación con el dinero. En una sociedad regida por el consumo desesperado, parece que todos quieren tener más. Se piensa en función del dinero, se adora a la riqueza. Y Jesús nos enseñó que son bienaventurados los pobres de espíritu. No los que no poseen nada, sino los que son pobres de espíritu, los que no adoran la riqueza, los que no son esclavos del dinero, los que viven desapegados a los bienes para adorar únicamente a Dios.

La murmuración consiste en revelar pecados o defectos del prójimo. Podemos matar a alguien con la lengua. Acabar con su prestigio. La murmuración divide a la comunidad. Nos podemos dar de cuenta que una persona tiene un defecto, que vive en pecado. Pues recemos por él, hagamos penitencia por él, y hablemos con él en privado. No hay que decirlo a todos. Eso no ayuda a nadie; solo destruye.

Aquí tenemos dos ejemplos para examinar, pero podemos pensar en otros motivos en los que necesitemos conversión. La conversión empieza por reconocer con humildad nuestros pecados. Debe seguir con la petición de perdón a Dios. Somos pecadores, pero el Señor nos perdona. Como escuchamos en el salmo, él es generoso para perdonar, él nos perdona nuestros pecados y cura nuestras enfermedades y nos colma de amor y ternura.

Con el ayuno, la oración, las obras de caridad, y una buena confesión removeremos la tierra de nuestra alma en esta Cuaresma, a fin de poder arrancar el pecado.

La parábola dice que el viñador aflojaría la tierra, y también que abonaría. ¿Cómo podemos abonar nuestra alma en esta Cuaresma? Con la Palabra de Dios, y con la Eucaristía. Esos dos alimentos permitirán que dejemos de ser nosotros y nos transformemos en Cristo.

También necesitamos de la intervención del Espíritu Santo. Por eso ahora le pedimos que nos convierta, que remueva de la tierra de nuestra

alma el pecado, para que pueda brotar ahí Jesús, para que sea él el que viva en nosotros.

A Santa María, la tierra fecunda, la Esposa del Espíritu Santo, le pedimos que interceda por nosotros para que este año sí demos fruto.

IV Domingo de Pascua

“Era necesario hacer fiesta y regocijarnos”

El padre de gran parábola, que es imagen del Padre Eterno, explica con estas palabras que la alegría es el sentimiento de Dios ante el regreso de los pecadores. Por eso este domingo se conoce como *Laetare*, alégrate, como dicen las primeras palabras de la antífona de entrada. Y por eso hoy pueden usarse ornamentos rosas, que simbolizan que la alegría atenúa el púrpura color penitencial.

Esa alegría paterna contrasta con el enojo de los fariseos, de los escribas y del hijo mayor de la parábola, ante la misericordia divina. A veces nosotros también podemos sentir eso, porque deseamos el mal a los que obran mal. Como cristianos estamos llamados a tener los mismos sentimientos que Jesús (Flp 2, 5), a sentir la alegría de la misericordia.

La tentación nos presenta una alegría aparente en el pecado. Fue por el espejismo de felicidad que el hijo menor decidió irse a un país lejano y vivir de forma disoluta. Para eso le pidió a su padre su parte de herencia.

La herencia se otorga después de la muerte de alguien. Al pedir la herencia, es como si el hijo ya empezara a considerar que su padre estaba muerto. Tu y yo le pedimos muchas cosas a Dios. Quizá, en cuanto nos las concede, nos olvidamos de él, lo tenemos por muerto. A veces, incluso, no recapacitamos en lo que nos ha dado sin pedírselo, y teniendo tantas cosas buenas, nos olvidamos de él, lo consideramos muerto.

La alegría que promete el pecado es solo un espejismo. Al poco tiempo, el hijo empezó a pasar necesidad. No podía comer ni siquiera lo que comían los cerdos, considerados animales impuros por los judíos. Jesús nos presenta una imagen de lo que sucede con el pecado en realidad. Nos pone en una realidad infrahumana, por debajo de los animales.

El hijo tocó fondo. Pero le quedaba algo: la contrición, el arrepentimiento. Quizá más por hambre que por amor a su padre, decide volver a casa, aunque no sea para vivir como hijo.

La Iglesia nos presenta esta parábola en Cuaresma para que nos demos cuenta que no alcanzamos la felicidad en el pecado, en la tierra lejana. La verdadera alegría está en el amor. Nos invita, por tanto, a dejar el pecado y correr a los brazos del Padre. A que hagamos la prueba y veamos que es bueno el Señor, que él nos libra de las angustias y temores, como escuchamos en el salmo.

Cristo nos abre el camino a la casa paterna. Como leímos en la segunda lectura, Dios nos reconcilió por medio de Cristo. Pero dice algo más: que nos confirió el ministerio de la reconciliación. Este ministerio tiene lugar en el sacramento de la penitencia. Es ahí en donde le podemos decir a Dios, por medio de su ministro, que hemos pecado y que no merecemos ser hijos.

Hoy san Pablo te dice a ti, y me dice a mi, las mismas palabras que a la primera comunidad de Corintio: “En nombre de Cristo les pedimos que se dejen reconciliar con Dios”. Es una invitación para que en esta Cuaresma nos acerquemos al sacramento de la penitencia. Para que corramos a los brazos del Padre. Para que nos debemos abrazar y besar por él.

Dios quiere decirte en esta Cuaresma que ha quitado el oprobio encima de ti, como leímos en la primera lectura. Quiere que nos confesemos. Quiere sentir la alegría de que regresemos. Y hacernos un banquete. Y ponernos la túnica más rica, esa vestidura blanca que recibimos en nuestro bautismo, y que hemos abandonado.

A Santa María, refugio de los pecadores, le pedimos que nos ayude a darnos cuenta que somos el hijo menor; que somos pecadores; que no somos tan buenos como pensamos, como creían los escribas, los fariseos y el hermano menor. Y que interceda por nosotros para tener la gracia del arrepentimiento, que nos conducirá, a través de la confesión, a los brazos amorosos del Padre.

V Domingo de Cuaresma

“Tampoco yo te condeno. Vete y ya no vuelvas a pecar”.

Jesús quiere decirte esas mismas palabras a ti. Quiere repetirte lo que le dijo a la mujer adúltera. Para eso es necesario que te arrepientas, que tengas la intención de no volver a pecar, y que le pidas perdón a Dios.

Jesús quiere ser misericordioso contigo y conmigo. Misericordia no supone dejar de llamar pecado a lo que lo es. En el pasaje que acabamos de leer, Jesús nunca niega que la adúltera haya hecho mal. No es lo mismo hacer una cosa que otra. Misericordia implica dar una oportunidad de enmendar la vida. El Señor no hizo que el pecado dejara de ser pecado, sino que ofreció el perdón de los pecados.

En ningún momento Jesús abolió la ley que le fue citada por los escribas y fariseos. Solamente se refirió al aplicador de la ley. Debía echar la primera piedra el que estuviera libre de pecado. Nadie arrojó la piedra, porque todos somos pecadores. Debemos reconocernos como pecadores. Pero él, que es el Justo, el que está libre de pecado, será quien nos juzgue al final de nuestros días. Lo que hizo fue darnos la oportunidad de cambiar, de enmendar, antes de ese día.

Frente a la aridez de la ley, Jesús hace algo nuevo. Hace que corran los ríos de su misericordia, como leímos en la primera lectura. De su corazón misericordioso brota el agua bautismal, en la que encontramos la verdadera justificación.

Como explica san Pablo en la segunda lectura, la justificación no proviene de la ley, sino de Cristo, que es amor. Por ese amor es que nos da la oportunidad de cambiar, y de forma especial en esta Cuaresma, para cambiar nuestra suerte como los ríos del desierto, según leímos en el salmo.

Si tras el baño bautismal, que renovaremos en la Vigilia Pascual, nos hemos ensuciado, tenemos la opción de purificarnos. Para eso existe el sacramento de la penitencia. A nosotros que vamos llorando, como dice el

salmo, Jesús nos espera con los brazos abiertos. El arrepentimiento nos permite abrazarlo y recostar nuestra cabeza sobre su pecho, sobre su corazón. Así podremos experimentar la gran alegría del amor. Tras abrazarlo, volveremos cantando, como leímos en el salmo.

La ley del amor de Jesús nos hace ver las cosas distintas. Nos pide pensar con la lógica del amor. O con la locura del amor. En no pensar en Jesús como el juez, sino como quien nos ha conquistado, según la expresión de san Pablo. No en función de evitar una condena, sino en lanzarnos hacia delante en el amor, buscando la meta y el trofeo, que es resucitar con Cristo entre los muertos, para pasar la eternidad proclamando sus alabanzas, como escribió Isaías.

La lógica del amor. Pensemos en dos enamorados. El enamorado evita lo que desagrada a la enamorada, desde luego. No quiere causarle un disgusto. Pero más que nada, quiere agradarla o agradarlo. Así nosotros, sí debemos evitar lo que desagrada a Dios, el pecado, lo prescrito por la ley. Pero, sobre todo, debemos querer agradar a Dios. Y esto es lo que debemos preguntarnos en este tramo final de la Cuaresma. ¿Qué puedo hacer yo para agradar más a Dios? ¿Cómo puedo unirme más a Dios? Mi relación con él no puede seguir siendo la misma tras la Cuaresma.

A Santa María, abogada nuestra, la que habla a nuestro favor, le pedimos que interceda por nosotros para que siempre podamos acogernos a la misericordia divina evitando el pecado y haciendo lo que agrada a Dios.

Domingo de Ramos en la Pasión del Señor

“¿Eres tú el rey de los judíos?”

Esa pregunta de Pilato nos la podemos hacer hoy, ante los dos momentos contrastantes que nos presenta la liturgia de hoy: la entrada triunfal en Jerusalén y la muerte en cruz. Podríamos reconocer al rey entre gritos de júbilo, pero no entre las lágrimas de la pasión. Ese es el lugar donde todos los se burlan de Jesús, como leímos en el salmo.

La liturgia nos presenta estos dos momentos para explicarnos que no hay contraste. El triunfo del Señor es en la cruz. Es ahí donde lo reconocemos como Hijo de David, como el Rey que salva. Es en la cruz en donde lo reconocemos como Hijo de Dios, que fue la causa de la condena por parte del sanedrín. Como explica la segunda lectura, aceptando una muerte de Cruz, es que Dios exaltó a Jesús sobre todas las cosas.

El prefacio nos explicará que mediante la pasión Dios dio a los hombres una nueva comprensión de su majestad y una nueva manera de alabarla. Por eso, en cada misa, al hacernos presente en el sacrificio de Cristo, repetimos las palabras de la multitud que se agolpaba en Jerusalén: ¡Bendito el que viene en nombre del Señor! Con el *Santo* reconocemos que la victoria está en la cruz.

Jesús ofreció la espalda a los que lo golpeaban, la mejilla a los que le tiraban de la barba, y no apartó su rostro de los insultos y salivazos, cumpliendo la profecía que escuchamos, pero del peor modo posible, como leímos.

Jesús fue llevado a un lugar llamado “la Calavera”. Ahí sujetaron sus manos con clavos. Sus brazos quedaron extendidos. Esa es la posición con la que los sacerdotes se dirigen a Dios. Estando con los brazos extendidos, en gesto sacerdotal, como hemos leído en una particularidad de la narración de san Lucas, se dirigió al Padre pidiendo: “perdónalos, porque

no saben lo que hacen”. Pidó el perdón no solo de los que se burlaban; pidió también el perdón para ti y para mi. Y lo consiguió.

Ese perdón del que nos ha hablado la liturgia en los últimos domingos, el perdón al hijo pródigo y a la adúltera, lo consiguió Jesús en la cruz. Y le costó sangre, dolor y su misma vida. Ese es el precio de nuestro rescate. ¿Qué hacemos frente a ese perdón y a esa forma de conseguirlo? Reflexionemos en estos días al respecto de la mano de María, nuestra madre, la Virgen Dolorosa.